

*terio* <sup>1</sup>, porque si es en cuanto al fin cosa natural que el alma criada para informar al cuerpo, vuelva á reunirse con él, y no permanezca siempre violentamente separada de lo que fué instrumento de sus operaciones, y canal por donde llegaron á su inteligencia los materiales de las ideas, es un hecho sobrenatural en cuanto al modo como ha de verificarse, y es obra exclusiva del poder de Dios, reunir de nuevo los dispersos elementos y volver á juntar los sillares destruidos de ese templo profanado por la muerte.

Esto no impide que la razón, iluminada por la fe, busque y encuentre conveniencias y armonías en las verdades reveladas, que si son superiores á sus alcances y se escapan á sus investigaciones más sutiles, jamás la contrarían ni la ponen en el duro trance de tener que doblarse ante lo que de un modo manifiesto es absurdo. Así, Tertuliano, y con él los apologistas cristianos, demostraron ser muy conforme á la razón, la resurrección de los cuerpos, y con invencibles argumentos desvanecieron las objeciones que contra ella oponían los herejes. El cuerpo humano, decía el insigne polemista, es el órgano de la vida divina y de los Santos Sacramentos: es lavado en el Bautismo, para que sea purificada el alma; ungido con

<sup>1</sup> 1 ad Cor. XV, 51.

el óleo santo, para que reciba el alma la consagración de Dios; sobre el cuerpo imponen sus manos los sacerdotes, para que el alma sea iluminada por el Espíritu Santo; el cuerpo se alimenta de un manjar divino en la Comunión eucarística, para que el alma participe de la vida de Cristo <sup>1</sup>. Por el cuerpo se manifiesta el poder del alma y con él ostenta su realeza sobre los seres inferiores, y merced á él ofrece á Dios el holocausto de la vida, dándole la prueba más completa de la caridad y el testimonio más brillante de la fe.

Ahora bien: ese cuerpo, canal de todas las bendiciones y de todas las gracias, soldado que peleó las batallas del Señor, altar y víctima de los sacrificios más heroicos, instrumento de las conquistas más gloriosas, compañero inseparable del espíritu en sus más árduas tareas, unido con el alma en los arcanos de la humana naturaleza, ¿sería semejante á la flor que lozana abre su capullo cuando la acarician las brisas de la mañana y la calienta el sol con sus vivificantes destellos, para inclinarse marchita al caer la tarde y despojada de sus galas, devolver á la tierra lo que de la tierra ha recibido? ¿Se desvanecerá como una sombra, ó brillará un instante con los es-

<sup>1</sup> De resurrectione carnis, cap. 8.

plendores de la vida, para ser vencido eternamente por el oprobio de la muerte?

No es posible que la naturaleza humana haya de quedar para siempre mutilada, desconcertando el plan armónico de la Creación, en el cual fué colocada como eslabón misterioso que junta el mundo de la materia con el mundo de los espíritus, ni que sea definitivo el triunfo de la muerte, vencida por el Restaurador de los cielos y de la tierra, que, si quiso voluntariamente pagarla su tributo y ser por algún tiempo la más codiciada de sus víctimas, ni consintió que se cebasen en su carne los repugnantes asoladores de las tumbas, ni la dió lugar á retener su presa, apagando sus fatídicos aplausos con el júbilo de los ángeles que entonaron el *aleluya* de la resurrección sobre su sepulcro vacío.

« La muerte, ha dicho San Pablo, es el último enemigo con quien Dios acabará en el mundo <sup>1</sup>, » expresión enérgica que nos da á conocer cuál será el solemne desenlace del mundo actual, y por qué modos tan admirables ha dispuesto Dios en los conciertos de su eterna sabiduría, la consumación final de la obra de sus manos. La muerte es el *estipendio del pecado* <sup>2</sup>, y es preciso que quien triunfó de él, en la hora definitiva de la justicia,

<sup>1</sup> I Cor., XV, 26.

<sup>2</sup> Rom., VI, 3.

cuando *ya no habrá más tiempo* <sup>1</sup>, reclame á la muerte su botín, y llamando de los cuatro vientos á la materia dispersa, de nuevo junte á las almas con sus cuerpos, para ver delante de sus ojos á la humana naturaleza rehabilitada en su integridad primitiva, y con suma equidad proceda á distribuir los premios y los castigos. Todo el hombre debe participar de la sanción eterna del orden moral, porque todo el hombre fué el sujeto de los combates y de las pruebas. El alma vivificó al cuerpo, el cuerpo fué el instrumento del alma; el alma concibió pensamientos nobles y adoptó resoluciones santas; el cuerpo se encorvó bajo el peso de la fatiga, y arrostró las privaciones que le imponía el deber; ante las insinuaciones del mal, perseveró en la virtud el alma; ante las amenazas del martirio, nunca tembló el cuerpo; las relaciones estrechas del alma con el cuerpo, mantuvieron en recíproca correspondencia sus alegrías y sus quebrantos; el rostro se iluminó con los resplandores del alma: el cuerpo padeció en las enfermedades morales del espíritu, y es justo, así lo pide la razón, fundada en el conocimiento experimental de nuestra personalidad compuesta, que los que vivieron asociados en la lucha y juntos padecieron en la tierra, no tengan que estar para

<sup>1</sup> Apoc., X, 6.

siempre divorciados en la recompensa, privada el alma de su actividad externa, y humillado el cuerpo bajo la pesadumbre de la muerte.

«Transportáos con el pensamiento á las riberas del mar Muerto, donde estuvieron las nefandas ciudades de Sodoma y Gomorra; allí yacen mónstruos de iniquidad y de depravación. Las emanaciones que de allí salen emponzoñan todavía la comarca, y jamás las aves levantan su vuelo sobre aquel mar, señalado por las venganzas divinas. Aquella es la tumba de los cuerpos más ignominiosos que jamás han vivido, y que, á fuerza de crímenes, mancharon, degradaron y materializaron el alma; aquella es la necrópolis de la carne corrompida, maldita y reprobada. Volved los ojos á espectáculos más consoladores: penetrad en el austero recinto de una cartuja, en aquellos humildes panteones donde los hermanos descansan al lado de los hermanos, á la sombra de una cruz, sin emblemas ni epitafios. ¡Cuán dulce y profunda paz! ¡Qué perfumes de virtudes, qué aroma de santidad! No borró la muerte en aquellos cuerpos la majestuosa serenidad que les comunicaba la dignidad del alma, ni los reflejos de la luz divina que recibieron al pie de los altares; dejaron de latir aquellos corazones, sin haber sentido las conmociones de la impureza; aquellos piés y aquellas manos, sirvieron con

lealtad constante las indicaciones de sus almas justas... En esos dos cementerios está marcada la división profunda que separa á los buenos de los malos; en el uno, está sepultada la carne ajada por el vicio: en el otro, la carne espiritualizada por la virtud; en el uno, los instrumentos de la corrupción y del crimen: en el otro, los instrumentos de la santidad y del heroísmo. ¿Cómo es posible que un mismo destino sea la suerte definitiva de los servidores dóciles de las almas santas, y de los tiranos ignominiosos de las almas envilecidas? No: la justicia divina castiga ó recompensa al hombre entero, y porque el hombre, el cuerpo y el alma, sirvieron al honor y á la virtud, ó se dejaron arrastrar por las pendientes de la vida depravada y sensual, es justo que reciban su salario, Sodoma y Babilonia la resurrección de la ignominia eterna, los castos hogares, los claustros inmaculados, los cementerios de la patria y de la paz, la resurrección de la gloria interminable'.»

No menos que la reparación del orden moral violado por la culpa, exigen la resurrección del cuerpo la naturaleza del alma, y el deseo de la suprema felicidad, innato en el corazón humano. El alma, como tuvimos ocasión de ver en la an-

1 Mons. Besson, *Les mysteres de la vie future*, p. 185.

terior Conferencia, es inmortal por su naturaleza; pero el alma, destinada á ser la *forma substancial* del cuerpo humano, se encuentra, al separarse de él, en un estado que es de alguna manera violento. El apego que tenemos á la vida, la energía con que la naturaleza disputa á la muerte su terreno y se defiende de sus acometidas, nos indican que la separación no ha de ser nuestro estado definitivo; lo que es violento no puede durar siempre <sup>1</sup>.

El alma, al separarse del cuerpo, nada pierde de lo que constituye la perfección de su naturaleza; pero privada del organismo, se interrumpen sus relaciones con el mundo material, y quedan como en estado latente sus facultades sensitivas. Esta privación no menoscaba la felicidad *esencial* de que gozan las almas justas inmediatamente después de la muerte, pero es muy razonable que esa felicidad esencial se aumente con las satisfacciones *accidentales* que proceden de los sentidos elevados y perfeccionados en la reintegración de la naturaleza, que la privación voluntaria de los placeres sensibles, lícitos y honestos que aquí nos ha servido para aquilatar el mérito de la virtud, nos sirva de premio y de corona en la eterna bienaventuranza. La idea que tenemos de la felici-

<sup>1</sup> S. Thom. *Contra Gent.*, lib. III, c. 79.

dad es una idea compleja que abraza las emociones sensibles de la materia y las satisfacciones morales del espíritu; y aunque son groseros y accesorios los deleites materiales comparados con el dejo y el regalo que recrean el alma en sus espirituales complacencias, no por eso son menos necesarios para labrar y completar nuestra felicidad natural. *Mi corazón y mi carne se alegraron en el Dios vivo* <sup>1</sup>, decía el Profeta coronado, cuando cantó las delicias que experimentan los santos al verse en presencia del Tabernáculo de Dios.

Solo el dogma de la resurrección de los cuerpos, resuelve de una manera completa el problema de la perfección cabal de nuestra naturaleza. La *reencarnación* de las almas con que algunos han querido resolverlo, es una hipótesis inadmisibles, porque destruye la identidad personal de nuestro ser, esencialmente compuesto de alma y cuerpo, contradice el testimonio de la conciencia que de ningún modo recuerda existencias anteriores, y aplaza injustificadamente la recompensa merecida por los que murieron siendo buenos. En cambio, en la doctrina católica, sin hacer violencia á la razón, conciliando las tendencias de todos los seres hacia su perfeccionamiento con los designios providenciales de Dios, armonizan-

<sup>1</sup> Psalm. LXXXIII, 3.

do las verdades reveladas con los principios de la más sólida Filosofía, encontramos una solución que del todo nos satisface. Obra humana es el mal, abuso de la libertad es el pecado que trastornó el orden establecido por la sabiduría del Criador en la naturaleza del hombre, y obra suya ha de ser, con la necesaria cooperación personal á los auxilios divinos, la consecución de lo que perdimos por la culpa original. La voluntad, fortalecida con la gracia que por los méritos del Redentor se nos concede, emprende la conquista de nuestra inmortalidad gloriosa, entra en batalla con los enemigos visibles é invisibles de la virtud, levanta el espíritu con nobilísimas aspiraciones hasta la participación de la vida sobrenatural; á medida que crecen sus esfuerzos y se multiplican sus victorias, recibe con más frecuencia la visitación de Dios, y con más abundancia sus dones inefables; trasciende al cuerpo la serenidad del alma, ilumínase su frente con los resplandores de la santidad, asiéntase la paz en el corazón, como feliz presagio de lo que ha de ser el hombre glorificado en la consumación final del mundo. El alma unida con el cuerpo, sin antagonismos ni rebeldías, trocado en inmortal lo corruptible, resplandeciente la materia como los astros fulgurantes que centellean en el espacio <sup>1</sup>,

<sup>1</sup> Brillarán los justos y discurrirán como centellas entre aristas. Sap. III, 7.

ágil como la luz en su carrera vertiginosa, impasible como la santa humanidad de Cristo resucitado <sup>1</sup>, sutil y penetrante como las rayos del sol, constituirán en la ciudad de los escogidos el ideal supremo de la belleza humana, y Dios contemplará la obra de sus manos, tal como la concibió en sus eternos pensamientos.

Estos son los términos que á nuestra perfección señala el *evolucionismo* cristiano, y estas las columnas que levanta la Religión como término del progreso humano. Inútilmente se esfuerzan los modernos materialistas en derribarlas, reproduciendo antiguas objeciones, que por haber sido propuestas en nombre de la Filosofía pagana, en los primeros siglos de la Iglesia, fueron victoriosamente refutadas por los primeros apologistas de la fe <sup>2</sup>. Es imposible, dicen, que el alma recobre en la resurrección su propio cuerpo, pues en el flujo y reflujo constante á que está sujeta la materia, áun sin necesidad de recurrir á la antropofagia, podemos asegurar que las moléculas que hoy componen nuestro organismo, nos habrán totalmente abandonado dentro de algún tiempo, para formar parte de otros organismos semejan-

<sup>1</sup> Transformará el cuerpo de nuestra bajeza, haciéndolo conforme al cuerpo de su claridad. Philip. III, 21.

<sup>2</sup> Tertuliano, *De resurrectione carnis*; Lactancio, *Inst. Divin.* lib. VII, cap. 27. Atenágoras y Orígenes.

tes, y ¿quién sabe en el fondo de qué mar ó en qué cerebro humano está el fósforo que vendrá á ser substancia de nuestro cerebro, ó en qué arterias vibra la molécula de hierro que vigorizará nuestra sangre? Suponiendo resuelta esta dificultad, quedaría por resolver otra no menos importante: el cuerpo humano, es esencialmente corruptible, necesita nutrirse para vivir, está por su constitución material expuesto á las contingencias de la enfermedad y de la muerte, y, ó deja de ser lo que es, en cuyo caso la identidad específica é individual desaparecen, ó resucita para ser gravoso al alma y volver á desprenderse de ella en una nueva separación.

Para desvanecer estas dificultades, bástanos considerar que la resurrección es obra exclusiva del poder de Dios, y Él, *que tiene contados los cabellos de nuestra cabeza*<sup>1</sup>, y sabe los secretos caminos por donde van los átomos, bien podrá llamarlos para que, obedientes á su mandato soberano, vuelvan á reunirse formando el cuerpo, no siéndole más difícil reconstruirlo que crearlo. Pero, porque no digan los adversarios, repitiendo la frase de Spinoza, «que recurrimos á la voluntad de Dios, como asilo supremo de nuestra ignorancia,» sin ningún inconveniente podemos recu-

<sup>1</sup> Matth. X, 30.

rrir al buen sentido de la razón, para decir cómo es posible la identidad individual en los cuerpos resucitados.

Indudablemente esta identidad no ha de ser tan absoluta y tan completa, que hayamos de hacerla consistir en la reunión de toda la materia que durante toda la vida nos perteneció desde la concepción hasta la muerte. Un cuerpo así formado, sería monstruoso, y no ha de ser la identidad de otra manera en la resurrección, que en la vida presente. Ahora bien: ninguna de las moléculas que formaron parte del cuerpo cuando niño, le pertenecen cuando viejo, y, sin embargo, tenemos conciencia de nuestra identidad en todas las fases de la vida, no se borran las cicatrices que en el cuerpo dejaron las heridas, no se altera su temperamento, ni desaparecen sus naturales disposiciones, porque el principio, la base de nuestra identidad personal, no es la materia, sino el alma, *forma substancial* del cuerpo, y basta que el cuerpo resucitado reproduzca las mismas diferencias específicas que le caracterizaron antes de la muerte, para que unido al alma podamos decir: este es mi propio cuerpo<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Estaríamos en lo cierto al decir que resucitaremos con *nuestro propio cuerpo*, aunque no conservásemos ni una sola de las moléculas que formaron parte de él antes de la muerte, con tal que el cuerpo resucitado reproduzca las mismas diferencias específicas que entonces le caracterizaron, y no vemos por qué ha de ser más difícil á la omnipotencia divina

El cuerpo será el mismo, pero sus condiciones habrán variado notablemente. ¿Quién diría, si la Ciencia no lo asegurase, que son un mismo cuerpo, por su composición elemental, el negro carbono que se consume en el hogar, y el refulgente diamante que centellea en la corona de los reyes; que son un mismo insecto la repugnante larva, y la mariposa que, al romper su capullo, extiende sobre las flores sus matizadas alas?

La Química llama *isómeros* á los cuerpos que varían sus condiciones características y sus propiedades, sin variar de composición, y no acierta á explicar por qué el azufre, por ejemplo, disuelto en el sulfuro de carbono, cristaliza de una manera á la temperatura ordinaria y de otra á la temperatura de cien grados, volviendo sus cristales, al enfriarse, á tomar la forma primitiva. Del mismo modo, podemos decir con Ritter <sup>1</sup>, la substancia del cuerpo humano, que en la actualidad se nos manifiesta por moléculas sensibles, ¿por qué no ha de poder existir independientemente de estas moléculas? Debajo de las cualidades físicas y químicas del cuerpo, hay un *substratum* permanente, esencial, que en nada repugna á la idea de una vida perpétua, inmortal.

restituir á cada cuerpo sus propios elementos orgánicos, que recomponerlos con elementos extraños. — Mons. Freppel, *Origène*, tom. II, p. 45.

<sup>1</sup> Cit. por Duilhé, *Apol. scient.* p. 475.

No conocemos tan á fondo la naturaleza, que podamos señalar límites á las maravillas que en su seno guarda todavía, y que con laudable celo desentrañan los hombres dedicados á su estudio; mucho menos, imposible de todo punto es que señalemos límites al poder de Dios, autor de esas maravillas y de la naturaleza que las produce. La naturaleza perpétua las especies por medio de la generación; Dios perpetuará el individuo humano por medio de la resurrección <sup>1</sup>; el alma inmortal por su naturaleza, y la materia indestructible por sí misma, volverán á unirse, y Dios será glorificado.

Hagámonos dignos de merecer las mercedes que á los justos tiene prometidas; preparemos con buenas obras la rehabilitación del cuerpo, que si en virtud del universal decreto de la justicia divina, ha de ser encerrado en las gemonías de la muerte, por el triunfo que alcanzó sobre ella el Redentor del mundo, ha de levantarse de la humillación del polvo, para brillar en las perpétuas eternidades. Nunca profanemos el santuario consagrado por la unción del Espíritu Santo; tratemos con respeto el templo vivo de Dios, y no le consintamos cosa indigna de la majestad que en él vino á hospedarse. Repitamos las palabras con

<sup>1</sup> *Contra gentes*, lib. IV, c. 82.

que la Iglesia renueva sus esperanzas ante los fríos despojos de sus fieles hijos, y á las blasfemias de la impiedad, opongamos la sublime confesión de Job: *Yo sé que vive mi Redentor, y que en el último día he de resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios; yo mismo le veré, mis ojos y no otros le verán, y esta esperanza mía, está profundamente arraigada en mis entrañas* <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Job, XIX, 25-27.

## CONFERENCIA OCTAVA

# LA VIDA FUTURA

Erit Deus omnia in omnibus, et  
illius præsentia omnes animæ et  
corporis implebit appetitus.

S. CIPRIANO, *Serm. de Ascensione.*